

Discernimiento

P. José Luis Torres-Pardo CR

El tema del discernimiento es trascendental, a la vez que complejo. San Ignacio, maestro consumado en esta materia, compuso unas “Reglas para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en el alma se causan: las buenas para recibir, y las malas para lanzar” (Ejercicios N° 313). Sin estas Reglas no se puede dar un paso, ni en la vida espiritual ni en el apostolado.

¿Cómo saber si lo que sentimos o pensamos viene de Dios? ¿Cómo saber si esto o aquello que leemos, oímos o vemos es todo conforme a la verdad y al espíritu del Evangelio?

¿Cómo saber, en medio del confusionismo actual, quién tiene razón? El discernimiento nos dará el “buen sentido” en todas las cosas, nos ayudará a tener un criterio maduro y objetivo, nos hará encontrar, y no perder nunca, el **verdadero equilibrio**, sin desviarnos hacia posturas extremas, y por consiguiente erróneas, según aquello de San Jerónimo: “Por poco que te desvíes del recto camino, no importa que lo hagas a la derecha o a la izquierda. ¡Has perdido el verdadero camino!”.

¿Cuántos, por ejemplo, con pretexto de ortodoxia, o de adaptación, han caído en el error y se han alejado, más o menos, de la Iglesia, por falta de discernimiento, a pesar, tal vez, de su buena intención, pero movidos por un celo mal entendido!

¿Cuántos se han dejado mentalizar, llegando así situaciones, que nunca hubiesen podido imaginar!

¿Cuántos, demasiado seguros de sí mismos, no han sabido “ver” toda la realidad!

Es propio del sabio discernir.

Y es imprescindible, sobre todo, para quienes tienen autoridad o cargos de responsabilidad.

¿Quién podrá contar el número de injusticias que se cometen cada día por falta precisamente de discernimiento?

Por eso Cristo nos amonesta: “No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio” (Jn 7,24).

Y en otro lugar:

“Sed prudentes como serpientes y simples como palomas” (Mt 10,16).

La sencillez para buscar, sin prejuicios, la verdad.

La prudencia, para no dejarnos engallar.

Naturaleza y fin

“Discernir” significa etimológicamente “distinguir”, juzgar”, “ver con claridad” En una palabra y en el sentido más noble: “criticar”.

Existe un discernimiento **natural**, por el cual percibimos, a la luz de la **razón**, la diferencia que hay entre varias cosas, para elegir, en consecuencia, lo que creemos más conveniente para el fin que pretendemos.

Y existe también un discernimiento sobrenatural, por el cual percibimos, a la luz de la **Fe**, la **diversidad** de espíritus que actúan en nosotros, a fin de secundar el bueno y rechazar el malo.

Dentro del Orden Sobrenatural, cabe todavía señalar un doble discernimiento:

Uno **infuso**, que es un carisma o **gracia extraordinaria**, otorgada por Dios gratuitamente, en primer lugar para bien de la Iglesia. Es infalible. Santo Tomás lo define diciendo que es “un conocimiento claro de los secretos del corazón, sólo conocidos por Dios”.

De este discernimiento nos habla San Pablo, en su primera carta a los Corintios (12,10).

Claro está que el hombre no lo puede alcanzar, sólo recibir.

El otro es **adquirido**, con la **gracia ordinaria**, y poniendo los medios a nuestro alcance. Los principales son estos: **la oración, la humildad, la pureza, la experiencia, y el estudio**, sobre todo, de la Sagrada Escritura, de los Santos, y de la Doctrina de la Iglesia.

No obstante, este discernimiento no es infalible. Razón por la cual debemos hacernos controlar por un buen **Director Espiritual**. “No te apoyes en tu prudencia” (Prov 3,5).

A esta clase de discernimiento nos referimos en el presente artículo. Podríamos definirlo diciendo que es un **juicio práctico sobrenatural**, para descubrir la acción del Espíritu Santo, que nos conduce a Cristo, a fin de hacer la Voluntad del Padre; y, al mismo tiempo, para descubrir la acción del mal espíritu, que nos aparta de Dios.

El don del discernimiento es una **ciencia**, por cuanto investiga las causas de los movimientos del alma; y es también un **arte**, por cuanto aplica a cada caso particular las reglas sacadas de la Teología y de la Mística.

¿**Para qué** el discernimiento?

El último fin del hombre es la salvación.

Lo cual exige fundamentalmente dos cosas: conocer y hacer la Voluntad de Dios.

¿Cómo lograrlo?

El Espíritu Santo nos conduce al Hijo, para conocer y hacer la voluntad del Padre, “pues por El tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo Espíritu” (Ef 2,18).

El Padre se manifiesta en Cristo: “Todo lo que oí de mi padre os lo he dado a conocer” (Jn 15,15).

Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad **completa**, porque no hablará por su

cuenta, sino que hablará lo que oyere, y os comunicará las cosas venideras. El me glorificará porque recibirá de lo mío, y os lo dará a conocer” (Jn 16,13).

Por consiguiente, la **pauta** para todo verdadero discernimiento no puede ser otra sino la enseñanza de Cristo y la docilidad al Espíritu Santo.

Pero el hombre no puede ir a Dios sin “ser movido” libremente, por medio de una gracia “preveniente”.

“Nadie puede venir a Mí -dice Jesús- si mi Padre no lo atrae” (Jn 6,44).

“A los que predestiné -dice San Pablo- a esos también llamé” (Rom 8,30).

A los seres libres -dice Santo Tomás- Dios los mueve libremente.

Y también: “Un ser no puede pasar de la potencia al acto si no es movido por un ser en acto”.

Este principio metafísico es válido, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia.

Cristo lo afirma con toda claridad: “Sin Mí. nada podéis hacer” (Jn 15,5).

San Ignacio escribe muy bien en las Reglas de elección:

“Pedir a Dios N. S. **quiera mover** mi voluntad, y poner en mi alma lo que yo debo hacer acerca de la cosa propuesta, que más su alabanza y gloria sea...” (Nº 180).

¡Es el **misterio** del concurso de la libertad humana con la gracia divina, dentro del tremendo misterio de la predestinación!

Para damos a conocer su Voluntad, Dios produce en nosotros un cierto atractivo o complacencia (unas veces sensible, otras no) denominada en Teología espiritual con el nombre de “**consolación**”.

“Llamo consolación -dice San Ignacio-cuando en el alma se causa alguna moción interior, con la cual viene el alma a inflamarse en amor de su Creador y Señor, y consiguientemente cuando ninguna cosa creada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Creador de todas ellas..., finalmente llamo consolación, todo aumento de esperanza, fe y caridad, y toda alegría interna que llama y atrae a las cosas celestiales, y a la propia salud de su alma, quietándola y pacificándola en su Creador y Señor” (Nº 316).

La primera es sensible.

La segunda no, por lo cual es mucho más profunda, más estable y más eficaz.

Esta **consolación “substancial”** es el clima “ideal”, normal, habitual, de las almas fervorosas y santas, que obran siempre con “paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom 14,17).

Puede aplicarse muy bien a la consolación, lo que San Juan dice sobre la “unción”:

“La unción que de El habéis recibido perdura en vosotros, y no necesitáis que nadie os enseñe, porque, como, la unción os lo enseña todo y es verídica y no mentirosa, permaneceréis en El, según que os enseñó” (1 Jn 2,27).

Nótese que esta consolación es compatible con toda clase de contradicciones que nos vengan de fuera. En este sentido podía exclamar el Apóstol: “Estoy lleno de consuelo, rebose de gozo en todas nuestras tribulaciones” (2 Cor 7,4).

¿Es también compatible con las **desolaciones internas**?

Solamente en cierto sentido y hasta cierto punto.

Es decir, en cuanto que siempre nos queda **gracia suficiente** y nos asiste el auxilio divino, aunque naturalmente no lo sentimos (Nº 320).

La fe pura es la única luz y el único consuelo que les queda a los santos, cuando Dios los hace pasar por esas terribles “noches oscuras”.

“La fe es oscura noche para el alma, y también el alma ha de ser oscura o estar a oscuras de su luz, para que de la fe se deje guiar a este alto término de unión (con Dios)” (San Juan de la Cruz, “Subida al Monte Carmelo” 11,4).

¡El Espíritu Santo también nos ilumina en medio de las tinieblas!

“Toda desolación contiene sin embargo un núcleo de luz que podríamos llamar consuelo, y consiste en hallar a Dios en la experiencia misma de nuestra onda. Y toda consolación tiene a su vez una zona menos luminosa, que podríamos llamar desolación, y consiste en hallar nuestra nada en la experiencia misma de Dios. Si comparamos el “consuelo” de la desolación con la “desolación” del consuelo, veremos que el “consuelo” propio de la desolación es mucho menos consuelo que lo más “desolado” que puede tener la consolación. Ambos son encuentro con Dios, pero ¡qué diferencia va de uno a otro! ¡Y qué ilusión la de querer consolarse o consolar en tiempo de desolación, apelando al magro consuelo de verse “nada”, cuando nuestro “Todo” está ausente! ...“ (Penning de Vries, “Discernimiento”).

Cristo gozaba de las inefables delicias de la visión de Dios, en la parte superior de su alma, al mismo tiempo que en la parte inferior sufría una desolación espantosa que le hizo prorrumpir en aquel grito desgarrador: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. ¡Aquí estamos frente a otro inextricable misterio!

Sigamos. La consolación nos hace sentir (es decir descubrir) la Voluntad de Dios, conforme a la amonestación del Apóstol San Pablo:

“Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús” (Flp 2,5).

A medida que se van desarrollando las **virtudes infusas** y los **dones del Espíritu Santo**, el hombre está en óptimas condiciones para “seguir aquello que **sintiere ser** más en gloria y alabanza de Dios N. S. y salvación de mi alma” (Nº 179).

Más concretamente, Dios nos comunica su sentir mediante su **Don de Consejo**, que perfecciona, a su vez, a la virtud sobrenatural **de prudencia**. El hombre, a pesar de su inteligencia y de su experiencia, tiene necesidad de la luz divina y no debe olvidar aquel dicho de la Sabiduría: ‘Los pensamientos de los mortales son inseguros, y nuestros cálculos muy aventurados’ (Sab 9,14). De esta forma, enseña Santo Tomás, “el hombre es dirigido como recibiendo de Dios el consejo”, por medio del cual el Señor le inspira la elección de los medios y los caminos que debe seguir, sin necesidad de deliberar, incluso sin entender, avanzando como por **instinto** con plena seguridad, a través de la complejidad de las situaciones y de las tinieblas de la fe.

Nosotros respondemos a la Voluntad de Dios cuando elegimos lo que El nos da a sentir.

En otras palabras, nuestra elección será buena cuando coincide enteramente con la elección que Dios ha hecho para cada uno de nosotros desde toda la eternidad, conforme a su Plan Providencial.

Lo expresa muy bien San Ignacio al escribir: “que aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa, descienda de arriba, del amor de Dios, de forma que el que elige

sienta primero en sí que aquel amor más o menos que tiene a la cosa que elige, es sólo por su Creador y Señor (Nº 184).

La conclusión se impone:

Tenemos que desprendemos o purificamos del propio juicio y de la propia voluntad, de manera que quedemos “**libres**” para conocer y querer la Voluntad de Dios, como Cristo nos enseñó, dirigiéndose a su Padre: “no lo que Yo quiero, sino lo que quieres Tú” (Mc 14,36).

Tenemos que “dejamos mover” por la gracia de Dios, sin poner obstáculos.

Es la “indiferencia” ignaciana (Nº 23), condición necesaria para el recto uso de nuestra libertad psicológica.

Esta “indiferencia” no es pasiva, sino activa; no es natural, sino sobrenatural; no es adquirida una vez por todas, sino que hay que conquistar y reconquistar constantemente; no es menosprecio hacia las cosas y personas, sino valoración de acuerdo a “lo que más” nos conduce al último fin; no es mediocridad, sino preferencia y exigencia del amor a Dios: porque amamos a Dios por encima de todo, estamos indiferentes a todo.

La indiferencia es disponibilidad plena, pobreza de espíritu, humildad radical, participación en la “indiferencia” de Cristo, compartiendo su muerte y su resurrección.

Dos preguntas dirigió Saulo a Cristo cuando se le apareció, camino de Damasco, que son el compendio de toda perfección: “Señor, ¿**quién eres?**” y “Señor ¿**qué quieres?**”.

Para darles cumplida respuesta se necesita discernimiento.

Hasta aquí hemos visto la **dimensión trinitaria y cristocéntrica** del discernimiento.

Pero el discernimiento comporta también una dimensión eclesial.

Porque el Espíritu Santo ha sido enviado, en primer lugar, a la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo.

Por eso la Iglesia es también **norma y garantía** segura de discernimiento. No puede venir de Dios una (supuesta) moción sobrenatural que se opusiese lo más mínimo al sentido o a la mente de la Iglesia, en cuanto tal, “creyendo -dice San Ignacio- que entre Cristo N. S. Esposo, y la Iglesia, su Esposa, es el mismo Espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras almas” (Nº 365).

Todo discernimiento individual debe someterse al discernimiento oficial de la Iglesia.

“Es necesario que todas las cosas, de las cuales queremos hacer elección, sean indiferentes o buenas en sí, y que militen dentro de la Santa Madre Iglesia Jerárquica y, no malas ni repugnantes a Ella” (Nº 170).

De esta manera la certeza del discernimiento viene a ser una como participación en la infalibilidad de la Iglesia, conforme a lo que dice el Vaticano II:

“La totalidad de los fieles, que tiene la unción del Santo, no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo, cuando desde los Obispos hasta los últimos fieles laicos, presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres. Con este sentido de la fe, que el Espíritu de verdad suscita y mantiene, el Pueblo de

Dios se adhiere indefectiblemente a la fe confiada de una vez para siempre a los santos, penetra más profundamente en ella con juicio certero y le da más plena aplicación en la vida, guiado en todo por el Sagrado Magisterio, sometándose al cual no acepta ya una palabra de hombres, sino la verdadera Palabra de Dios” (“Lumen Gentium”, 12).

El católico dispone de este inapreciable medio de discernimiento, objetivo, seguro, providencial.

No así el **protestante**, víctima del subjetivismo con su “libre examen”.

En **conclusión**:

El “dedo de Dios” está siempre en la Sagrada Escritura, en la Sagrada Tradición y en el Sagrado Magisterio de la Iglesia.

Pero tropezamos con una gran **dificultad**: la diversidad de **espíritus** y el poder misterioso del Mal.

Los diversos espíritus que actúan en el hombre pueden reducirse a tres: **el divino, el diabólico y el humano**.

“Presupongo ser tres pensamientos en mí, es a saber, uno propio mío, el cual sale de mi mera libertad y querer; y otros dos que vienen de fuera, el uno que viene del buen espíritu y el otro del malo” (Ejercicios Nº 32).

El espíritu **angélico** se asimila al divino.

El espíritu **mundano** se asimila al diabólico.

Tratemos ahora de analizar la psicología de estos tres espíritus.

Espíritu divino

Lo primero que hay que señalar es que el Espíritu Santo obra de un modo muy **misterioso**, incluso, muchas veces, sin que nos demos cuenta. Dice Jesús que “el viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes ni de dónde viene ni a dónde va; así es todo nacido del Espíritu” (Jn 3,8).

Dios conduce a cada hombre por caminos distintos. Por eso advierte San Ignacio: “El querer conducir a todos por el mismo camino está lleno de peligros. El que obra de ese modo ignora cuántos y cuán variados son los dones del Espíritu Santo”.

Es tan “original” el espíritu divino, que de pronto desaparece y vuelve a aparecer por donde menos esperábamos, nos agarra de sorpresa, dejándonos desconcertados y perplejos... ¡Qué bien sabe entrar con la nuestra... para salirse con la suya!

El Apóstol San Pablo exclama con asombro: “Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque, ¿quién conoció el pensamiento del Señor? o ¿quién fue su consejero?...” (Rom 11,33).

¡Cuántas veces nos ocurre lo mismo que a los discípulos de Emaús! “Mientras iban hablando y razonando, el mismo Jesús se les acercó e iba con ellos, pero sus ojos no

podían reconocerle. Y El les dijo: ¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas!” (Lc 24,25).

No lo olvidemos: Dios es el Dueño absoluto de nuestra alma. ¿Cómo reconocer las mociones del espíritu divino?

En síntesis, podemos señalar estas tres grandes características: la Verdad, la Santidad, la Libertad.

Dios enseña siempre la verdad:

“Todo el que es de la Verdad, oye mi voz” (Jn 18,37).

Se trata, no sólo de la **verdad natural** (o filosófica) sino también, y sobre todo, de la **Verdad Revelada** de la cual la primera no es, en definitiva, sino una como preparación e introducción.

La Verdad es la Palabra de Dios, “viva, eficaz y tajante más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la médula, y **discierne** los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb 4,12).

La Palabra de Dios está contenida en la **Sagrada Escritura** (“Escudriñad las Escrituras, ya que en ellas creéis tener la vida eterna, pues ellas dan testimonio de Mí” : Jn 5,39); y en la **Tradición apostólica**, atestiguada por los Santos Padres y Doctores (“Manteneos firmes y guardad las tradiciones que recibísteis, ya de palabra, ya por nuestra carta”: 2 Tes 2,15) y conservada e interpretada auténticamente por el **Magisterio de la Iglesia**, a quien únicamente le ha sido encomendada por Jesucristo (“El que conoce a Dios, nos escucha”: 1 Jn 4,6).

El espíritu divino nos hace ávidos, dóciles y apasionados por la Verdad (tanto natural como sobrenatural) captada por **la razón y por la Fe**, ambas reflejos de la Luz de Dios (cfr 1 Jn 1,5).

Por consiguiente, todo lo que nos aparte lo más mínimo de la Verdad, todo lo que atente contra la razón y la Fe, no puede venir de Dios.

El Espíritu Santo infunde siempre horror al error, a la mentira, a la ambigüedad.

Tenemos miles de ejemplos en la vida admirable de los Santos.

Dios llama siempre a la santidad:

“Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48).

Así pues, toda moción que nos impulsa á la práctica de las **virtudes, naturales** y, en especial, **sobrenaturales**, viene del espíritu divino.

San Ignacio, a lo largo de los Ejercicios, hace hincapié en dos virtudes fundamentales: **la pobreza** (desprendimiento de los bienes materiales) y **la humildad** (desprendimiento de nosotros mismos) como condición indispensable para **amar a Dios** con toda el alma (Dt 6,4-6) y al **prójimo** por amor a Dios (Jn 15,12).

“Dios es Amor, y el que vive en amor, permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4,16).

La santidad consiste prácticamente en la **imitación de Cristo**.

“Podéis conocer el espíritu de Dios por esto; todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; pero todo espíritu que no confiese a Jesús, ese

no es de Dios, es del anticristo” (1 Jn 4,2).

¡Pero Cristo es un **Dios crucificado!**

La señal inequívoca del espíritu divino es entrar por la “**puerta estrecha**” (Mt 7,13), es decir, morir místicamente con Cristo, a fin de resucitar a una vida nueva.

Y así, toda inspiración que me aparte de la Cruz, no puede venir del Espíritu divino.

“Para venir a lo que no gustas has de ir por donde no gustas” (San Juan de la Cruz).

Dios infunde siempre hambre y sed de oración y mortificación.

“Con estas dos virtudes, seremos templo vivo de Dios, que tenía dos lugares, uno de sacrificio y el otro de oración. Con estas iremos al monte de la mirra y al collado del incienso, subiendo por el collado del monte, esto es, por la dulzura de la oración, a la amargura de la mortificación” (San Pedro de Alcántara).

Por el contrario, el Espíritu divino infunde en nosotros el horror al **pecado**, a la **tibieza**, a la **mediocridad**.

Los Santos no podían soportar la menor sombra o mancha de impureza moral, ante la cual llegaban a reaccionar violentamente, efecto de un amor desmesurado a Dios, de tal manera que a los que no son santos, les parece escrúpulo o exageración.

Para apartarnos del pecado, el Espíritu Santo produce **remordimiento de conciencia** (Nº 314), “**vergüenza y confusión**” (Nº 48), e “**intenso dolor y lágrimas**” (Nº 55).

A las personas que viven habitualmente en pecado -dice San Ignacio- el buen espíritu les punza por la “sindérese de la razón”, o sea, el hábito de los primeros principios del orden moral.

Oigamos, a este propósito, un oportuno comentario de uno de los grandes especialistas en Ejercicios Ignacianos:

“San Ignacio, para ganar a todo hombre para la verdad, también echa mano de la **imaginación** y del **sentimiento**, pero su principal y preferido camino es el de la **razón**, y por ella va la **voluntad**. La vía de la imaginación y del sentimiento es sin duda más fácil y de efectos más aparatosos, pero la de la razón es más segura y mucho más profunda. El pecador, acostumbrado a no moverse más que por delectaciones sensuales, necesita más que ninguno volverse racional y dejarse guiar por la razón y por la **fe**.

Medite mucho el director esta regla. para sacar de ella conclusiones prácticas, que le ayuden a cumplir bien con su oficio. No vaya en busca de **éxitos sentimentales** a que son propensos los hombres impresionables, ni de conmociones contagiosas de las multitudes, antes exponga ideas claras y verdades bien comprendidas con el auxilio de la razón y de la Revelación divina. No caiga tampoco en el error de creer que a los pecadores hay que convertirlos con halagos y condescendiendo con ellos y sus concupiscencias, a título de caridad cristiana y de ser humano y comprensivo; porque ni la comprensión ni la caridad deben pretender ahorrarle al pecador las punzadas y los remordimientos que nacen del buen espíritu, sino que deben colaborar con éste, avivando esos mismos **remordimientos**, y llevando al ánimo del pecador el convencimiento de que son un **don del cielo**, que debe recibirse con hacimiento de gracias” (P. Casanovas S. J.).

De la misma manera, el espíritu divino nos hace aborrecer la **tibieza**, conforme a aquellas palabras de San Juan en el Apocalipsis (3,16): ‘Porque eres tibio, y no eres

caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca”.

Por otra parte, dice San Ignacio, en aquellos “que van intensamente purgando sus pecados, y en el servicio de Dios N.S. de bien en mejor subiendo”, es propio del buen espíritu “dar ánimo y fuerzas consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos los impedimentos, para que en el bien obrar proceda adelante” (Nº 315).

En una palabra, la señal típica de la presencia de Dios en un alma es la consolación (Nº 318), ese atractivo sobrenatural (sensible o no) dulce y fuerte hacia Dios y hacia las cosas de Dios (Nº 316).

Dios puede consolar “con causa” o “sin causa”.

“Causa” quiere decir todo “previo sentimiento o conocimiento de algún objeto, por el cual venga la tal consolación, mediante sus actos de entendimiento y voluntad” (Nº 330).

Dios se sirve, para atraernos, de una infinidad de medios que nos rodean, por ejemplo, libros, imágenes, conversaciones, beneficios, desgracias, etc.

Sin embargo -advirtió San Ignacio- también puede “consolar” con causa el espíritu diabólico (Nº 331), por lo cual es necesario **más discernimiento**.

En cambio, “**sin causa**” sólo puede consolar el espíritu divino (Nº 330).

Los agentes creados (ángeles, demonios y hombres) **sólo indirectamente** pueden influir en las potencias espirituales (entendimiento y voluntad), es decir, a través de la imaginación y de los sentidos, en los cuales (por ser de naturaleza material y sensible) influyen directamente. Es así como causan consolación (o desolación).

Sólo Dios puede dar consolación **directamente** sin necesidad de pasar por nuestras imaginaciones y sensaciones ni pensamientos previos. Por consiguiente, cuando la consolación es “sin causa”, sólo puede ser de Dios. No obstante, hay que tener cuidado, porque -advirtió San Ignacio- aunque la consolación sin causa sea infaliblemente de Dios, puede ocurrir que inmediatamente después, “en este segundo tiempo”, el alma, “caliente y favorecida con el favor y reliquias de la consolación pasada”, sea por su propio discurso, sea por el buen espíritu o por el malo, forme “diversos propósitos y pareceres, que no son dados inmediatamente de Dios N. S y por tanto, han menester ser muy bien examinados, antes de que se les dé crédito ni se pongan en efecto” (Nº 336).

Esta regla y cautela es importantísima para discernir las verdaderas de las **falsas** inspiraciones, profecías o revelaciones; los verdaderos de los falsos místicos; los verdaderos de los falsos reformadores.

Una cosa es la **iluminación** que proviene de Dios, y otra cosa es el **iluminismo**, que puede provenir de nuestra cabeza o de las astucias del demonio.

Razón por la cual “debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos” (Nº 333).

Las acciones se especifican por sus **fin**es.

Para que la inspiración sea de Dios, tiene que ser **todo bueno**: el principio, el medio y el fin.

El mal espíritu parodia el principio y el medio, pero se descubre en el fin.

Dios da siempre la libertad:

“El Señor es Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, está la libertad” (2 Cor 3,17).

Esta libertad es una consecuencia, a la vez que un premio, de la **Verdad** y de la **Santidad**.

“Si permanecéis en mi palabra, seréis en verdad discípulos míos, y conoceréis la verdad, y la verdad os libraré” (Jn 8,32).

“Ama y haz lo que quieras”, decía San Agustín.

La perfecta libertad es la “libertad de los hijos de Dios”, obra de la gracia santificante, merecida por Cristo crucificado y resucitado: “Si el Hijo os liberare, seréis verdaderamente libres” (Jn 8,36).

¿Cómo alcanzar la libertad?

-Dominando perfectamente las pasiones, sujetándolas al dictamen de la razón y a la voluntad de Dios. En una palabra: **luchando ascéticamente contra el pecado**, que es precisamente lo que nos impide la verdadera libertad: “Quien comete el pecado, es esclavo del pecado” (Jn 8,34).

-Desprendiéndonos de todo apego desordenado a las **cosas de este mundo**, incluso a todo apego a los mismos dones divinos. “Yo os querría libres de cuidados”, dice San Pablo (1 Cor 7,32).

-No haciendo caso al “**qué dirán**”. “Si aún buscarse agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo” (Gál 1,10).

Los Santos han sido los únicos que alcanzaron y gozaron esa libertad envidiable, empujados irresistiblemente por la fuerza del Espíritu Santo.

¡Qué bien lo expresa la Mística Doctora, Santa Teresa de Jesús!:

“¡Oh, qué es un alma, que se ve aquí haber de tomar a tratar con todos, a mirar y ver esta farsa de esta vida tan mal concertada, a gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo, durmiendo y comiendo! Todo la cansa, no sabe cómo huir, verse encadenada y presa; entonces siente más verdaderamente el cautiverio que traemos con los cuerpos, y la miseria de la vida. Conoce la razón que tenía San Pablo de suplicar a Dios le librase de ella, dá voces con él, pide a Dios libertad, como otras veces he dicho; mas aquí es con tan gran ímpetu muchas veces, que parece se quiere salir el alma del cuerpo, a buscar esta libertad, ya que no la sacan. Anda como vendida en tierra ajena, y lo que más la fatiga es no hallar muchos que se quejan con ella y pidan esto, sino lo más ordinario es desear vivir. ¡Oh, si no estuviésemos asidos a nada, ni tuviésemos puesto nuestro contento en cosas de la tierra, cómo la pena que nos daría vivir siempre sin él, templaría el miedo de la muerte con el deseo de gozar de la vida verdadera!” (Vida, cap. 21).

Espíritu diabólico

“Y dijo Yavé a Satán: ¿de dónde vienes? Respondió Satán: De recorrer la tierra y pasearme por ella...” (Job 1,7).

El demonio es el “enemigo” del hombre.

Su odio a Dios le induce a odiar a los hombres, buscando todos los medios a su alcance para seducirlos y llevarlos consigo al infierno.

Influye, tanto individual como colectivamente. Tienta también a la Iglesia y a las Naciones (Nº 141).

“Sus lenguajes -dice San Juan de Avila- son tantos, cuantas son sus malicias, que son innumerables”.

A medida que se acercan los últimos tiempos, redoblará su maldad, conforme a lo que está escrito en el Apocalipsis:

¡“Ay de la tierra y del mar!, porque descendió el diablo a vosotras animado de gran furor, por cuanto sabe que le queda poco tiempo” (12,12).

Contrariamente al espíritu divino, el demonio se caracteriza por el error, el pecado y la esclavitud.

El espíritu diabólico conduce al error:

Dice Jesús que el demonio “es mentiroso y padre de la mentira” (Jn 8,44).

Así mintió en el paraíso, haciendo caer a Eva (Gén 3).

Satanás tiene un “poder engañoso, para que crean en la mentira y sean condenados, cuantos, no creyendo en la verdad, se complacen en la iniquidad (2 Tes 2,11-12).

Es propio del espíritu maligno producir **oscuridad** y tinieblas, ofuscando la mente y llenándola de incertidumbre y **confusión**, trayendo pensamientos vanos e impertinentes, distracciones y fantasías, para apartarnos de la verdad.

Otras veces, como dice San Pablo, “se transfigura en **ángel de luz**” (2 Cor 11,14)), acostumbra “traer pensamientos buenos y santos, conforme a la tal ánima justa, y después, poco a poco, procura de salirse, “trayendo a la tal ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones” (Nº 332).

Sabe muy bien mezclar la **verdad con el error**, “trayendo razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias” (Nº 329). ¡Es especialista en equívocos y ambigüedades! ¡Y un “nominalista” consumado! Disfraza a las ideas malas con palabras ortodoxas, para hacerlas amables. Y a las ideas buenas, con palabras heterodoxas, para hacerlas odiosas. Por eso dice San Ignacio que “es mucho de advertir en el modo de hablar” (Nº 366), y que no hay que hacerlo “sin alguna distinción y declaración” (Nº 368), “mayormente en nuestros tiempos tan peligrosos” (Nº 369). **La corrupción del lenguaje** produce la corrupción de las ideas y de las obras.

Caso típico son las **tentaciones de Jesús** en el desierto. Nótese cómo el diablo se sirve de textos de la misma Sagrada Escritura con un fin perverso, y cómo el Señor le rebate y rechaza sirviéndose también de la Palabra de Dios (Mt 4,1-11).

En la meditación de las dos banderas, San Ignacio hace imaginar al demonio sentado “como en una gran **cátedra de fuego y humo**” (Nº 140).

Es la cátedra de la mala doctrina y de las falsas filosofías.

Es la cátedra de la Teología modernista y de las herejías.

Es la cátedra de las falsas revelaciones y profecías.

¡El demonio es capaz de decir mil verdades, con tal de hacer pasar una sola mentira!

Otro síntoma de la presencia del maligno es la **protervia de juicio**, la vanidad intelectual, la excesiva seguridad en las propias ideas, aferrándose pertinazmente a sí mismo, no rindiéndose a la Verdad de la Sagrada Escritura, ni a la Doctrina de la Iglesia, ni al parecer de personas santas y prudentes.

Es importante notar cómo el demonio se sirve de la imaginación y del desorden de las pasiones para inducirnos a error.

Y, viceversa, a través del error, excita y desordena la imaginación y las pasiones.

Satanás, príncipe de las tinieblas, odia la **metafísica, la lógica, la razón y la Escolástica**. ¡Se comprende! ¡Y es cosa de tener muy en cuenta!

Así se explica, por ejemplo, el desprecio, y los ataques frenéticos de un Lutero, contra la razón, “a quien habría que pisotear y destruir, junto con la sabiduría...”.

Hemos de pedir mucho al Señor nos dé su discernimiento, “para no ser víctimas de los ardides de Satanás, ya que no ignoramos sus propósitos” (2 Cor 2,11).

El espíritu diabólico conduce al pecado:

Jesús llama “homicida” al diablo (Jn 8,44).

Su primer propósito es matar las almas por el pecado.

Cambia de táctica, según las circunstancias y categorías de personas.

Con razón dice San Agustín, que el demonio es llamado “león” y “dragón”: dragón, porque secretamente pone acechanzas; león, porque abiertamente persigue.

Unas veces se presenta -dice San Ignacio- de manera dulce y seductora, “como vano enamorado” (Nº 326). Otras veces con todo su furor, como una “bestia fiera” (Nº 325). Nos acaricia con sus halagos, para después destrozarnos, “pensando alcanzar por espanto, lo que por arte no pudo” (San Juan de Avila). Fomenta nuestra presunción, para llevarnos finalmente a la desesperación.

“En los que proceden **de bien en mejor**, el malo toca agudamente y con sonido e inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre la piedra, y a los que proceden **de mal en peor**... entra con silencio, como en propia casa, a puerta abierta” (Nº 335).

Con los **primeros**, acostumbra “morder, tristar y poner impedimentos, inquietando con falsas razones, para que (el alma) no pase adelante”. Y con los segundos “acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y pecados” (Nº 314).

Cuando hace la guerra a los que obran bien, es **buena señal**, y una prueba (indirecta) de ser movidos por el Espíritu de Dios.

El demonio tiene **dos grandes “aliados”**. Uno, que está dentro de nosotros, nuestra propia **naturaleza caída**: es el “desorden de mis operaciones”, como dice San Ignacio (Nº 63); otro, fuera de nosotros, que es el **mundo**, es decir, el ambiente de corrupción, que debemos aborrecer (Nº 63), incompatible con el Espíritu de Dios (cfr 1 Cor 2,12).

Cuando el diablo nos presenta **abiertamente el mal**, es fácil discernir.

Lo difícil es cuando nos tienta **con apariencia de bien**. Su táctica es “echar redes y cadenas” (Nº 142), sirviéndose de cosas buenas, útiles y necesarias (o sea, entrando con la nuestra) para salirse con la suya (Nº 332).

He aquí una serie de “redes y cadenas” que el demonio tiende con frecuencia:

El apego a los **bienes materiales**, especialmente al dinero, conviniéndose en un **materialismo** crudo o refinado.

El culto del **cuerpo**, rodeándolo de comodidades y satisfaciendo todos sus caprichos: sensualismo.

El desorden de la **sensibilidad**, en detrimento de las facultades superiores, degenerando el sentimiento en sentimentalismo.

La adoración de la propia **inteligencia y voluntad**, como si el hombre fuera el último fin de sí mismo, desembocando en el **racionalismo** y **liberalismo**.

El exceso de **acción** que convierte al hombre en una máquina enloquecida por el **activismo**.

San Ignacio dice que la intención de Satanás es, en definitiva, llevar al hombre “a crecida soberbia” (Nº 142), y de ahí “a todos los otros vicios”.

“Oh soberbia -exclama San Agustín- madrastra de las virtudes, madre de los vicios, puerta de los infiernos, cabeza de los demonios, maestra de errores y principio de los pecados, ¿qué hacéis entre los hombres? Tú despoblaste el cielo de muchos ángeles y llenaste el infierno de demonios; tú echaste del paraíso a los hombres inmortales, y poblaste la tierra de hombres mortales, trocando el estado de inocencia en estado de miseria... Oh Dios eterno, destruye esta fiera en mí, porque no destruya los bienes que recibí de Ti!”.

Lo que el demonio pretende, evidentemente, es que **perdamos el amor y el temor de Dios**, adorándonos a nosotros mismos, para terminar adorándole a él (cfr Mt 4,9)

San Ignacio describe al diablo magistralmente con tres comparaciones:

Primera: “El enemigo se hace como mujer, en ser flaco por fuerza y fuerte de grado” (Nº 325). Es parecido a la mujer que riñe con el varón, es decir, débil ante la fuerza, y fuerte ante la debilidad; cobarde, cuando se le planta cara; lleno de ira, venganza y ferocidad, si el hombre se acobarda y empieza a retroceder.

Segunda: “Asimismo, se hace como vano enamorado, en querer ser secreto y no descubierto” (Nº 326). El demonio no quiere naturalmente, que sea por presunción, sea por vergüenza, se descubran sus tentaciones, a fin de no ser descubierto. Por el contrario, quiere que callemos, persuadiéndonos que solos vamos bien y sabemos lo que tenemos que hacer, sin decir nada a nadie.

Tercera: “Asimismo, se hace como un caudillo, para vencer y robar lo que desea” (Nº 327). El diablo conoce perfectamente los puntos débiles de nuestra vida espiritual, y nos acomete por donde nos halla más descuidados. Una virtud desordenada, sea por defecto, sea por exceso, ya deja de ser virtud, para convertirse en vicio.

Santa Teresa distingue muy bien las virtudes falsas, que ella llama fingidas e indiscretas, de las verdaderas.

Virtudes “fingidas” son aquellas que no tenemos, pero que el demonio nos hacer

creer que tenemos. “Son grandes los ardidés del demonio, que por hacernos entender que tenemos una (virtud), no teniéndola, dará mil vueltas al infierno. Y tiene razón, porque es muy dañoso, que nunca estas virtudes fingidas vienen sin alguna vanagloria. Como son de tal raíz, así como las que da Dios están libres de ella, ni de soberbia” (“Moradas” V,3).

Para estar seguros de poseer una virtud -añade la Santa- hay que probar-la con su contrario.

Virtudes “indiscretas” son aquellas que rompen el equilibrio y se apartan del dictamen de la prudencia. “Y esto hace el demonio, que parece se ayuda de las virtudes que tenemos buenas, para autorizar en lo que puede, el mal que pretende”.

¡Aquí es menester mucho discernimiento!

Porque el demonio, mal “imitador de Dios”, y muy poco “original”, produce falsa paz, falsa alegría, falso celo, falsa humildad, falsa obediencia, falsa caridad, falsa prudencia, falsa seguridad, etc., etc. ¡Virtudes locas!

Nótese el aviso de San Ignacio: “Con causa puede consolar el alma así el buen ángel como el malo, por contrarios fines” (Nº 331).

Y, aun cuando la consolación es “sin causa”, puede introducirse el demonio en el “segundo tiempo”, que sigue inmediatamente al consuelo de Dios (Nº 336).

No obstante, el “clima” ideal del diablo es la “**desolación**”, “en la cual nos guía y aconseja más el mal espíritu” (Nº 318).

¿Qué es la desolación?

“Oscuridad del alma, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a desconfianza, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor” (Nº 317).

El demonio produce hastío y mal humor por los ejercicios de **piEDAD**, por la lucha **ascética**, por la soledad y el **silencio**.

Otro de los ardidés del demonio son los **escrúpulos**:

“El enemigo mucho mira si un alma es gruesa o delgada; y si es delgada, procura de más la adelgazar en extremo, para más la turbar y desbaratar; por ejemplo, si ve que un alma no consiente en sí pecado mortal ni venial, ni apariencia alguna de pecado deliberado, entonces el enemigo, cuando no puede hacerla caer en cosa que parezca pecado, procura hacerla creer que es pecado donde no hay pecado, así como en una palabra o pensamiento mínimo; si el alma es gruesa, el enemigo procura engrosarla más por ejemplo, si antes no hacía caso de los pecados veniales, procurará que de los mortales haga poco caso, y si algún caso hacía antes, que mucho menos o ninguno haga ahora” (Nº 349).

Los escrúpulos pueden provenir simplemente de causas naturales, sean crónicos, sean pasajeros.

Aquí nos referimos a los escrúpulos causados por el demonio, aun sirviéndose de ciertas predisposiciones de nuestra naturaleza.

Las almas que escoge el diablo para atormentarlas con los escrúpulos suelen ser almas delicadas y selectas, que buscan eficazmente la santidad, ¡Cuántos santos han padecido esta tentación!

De ahí que el escrúpulo “por algún espacio de tiempo, no poco aprovecha el alma, que se da a espirituales ejercicios, antes en gran manera purga y limpia la tal alma, separándola mucho de toda apariencia de pecado, según aquello de San Gregorio: es propio de las almas buenas, ver culpa donde no hay ninguna” (Nº 348).

¿Cómo combatir el escrúpulo?

“Si el enemigo quiere engrosar el alma, procure de adelgazarse; así mismo, si el enemigo procura de atenuarla, para traerla en extremo, el alma procure mantenerse en el justo medio, para en todo quietarse” (Nº 350).

La astucia del maligno llega hasta el extremo de intentar hacernos caer en el **pecado de omisión**, con el sutil pretexto de practicar las virtudes...

“Cuando la tal ánima buena quiere hablar u obrar alguna cosa dentro de la Iglesia, dentro de la inteligencia de nuestros mayores, que sea para gloria de Dios N. S., y le viene un pensamiento o tentación de fuera para que ni hable ni obre aquella cosa, trayéndole razones aparentes de vanagloria o de otra cosa, etc.; entonces debe alzar el entendimiento a su Creador y Señor, y si vé que es su debido servicio, o a lo menos no contra, debe hacer diametralmente contra la tal tentación, según San Bernardo, que respondía al enemigo: ni por ti lo comencé, ni por ti lo dejaré de hacer” (Nº 351).

¡Cuántos triunfos reporta el demonio, logrando que los católicos (especialmente las diversas Jerarquías) **no hablen** ni actúen, para no faltar a la “caridad”, a la “humildad”, a la “prudencia”, a la “obediencia” o a la “unidad”...!

San Bernardo habla de la “última tentación”, que es “la del **demonio del mediodía**, porque éste acostumbra a tender lazos, sobre todo, a los perfectos, que, como valientes y generosos, han triunfado ya de los deleites, de la codicia de riquezas y de los vanos honores”.

¡El diablo no perdona a nadie, y nadie escapa a sus acechanzas, excepto la **Santísima Virgen**, la única que le aplastó la cabeza!

¡Quizás la peor tentación sea hacer creer que no existe!...

El espíritu diabólico conduce a la esclavitud:

Es una consecuencia de todo lo dicho.

Para conquistar al hombre, el demonio actúa por medio de la **tentación**, la **obsesión** y la **posesión**.

En los Evangelios se narran multitud de ejemplos, en los que el demonio, permitiéndolo Dios por secretos fines, se apodera de los hombres, en diverso grado y de maneras distintas, ejerciendo sobre ellos su poder tiránico.

Cuenta Santa Teresa una visión imaginaria que tuvo en un lugar donde murió una persona que había vivido muy mal y sin confesarse: “estando amortajado el cuerpo - dice- ví muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecía que jugaban con él y hacían también justicias en él, que a mí me puso gran pavor, que con garfios grandes le traían de uno en otro... después cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo, y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquel alma cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo...” (Vida, cap. 38).

¡Terrible imagen del poder preternatural del espíritu diabólico!

¿Cómo vencer al demonio?

He aquí los principales medios:

1. - El **examen de conciencia** bien hecho, para controlar las mociones que se suceden en nuestro interior, es un examen más bien “preventivo” (Nº 32). Pero es necesario también el examen de la tentación, “para que con la tal experiencia conocida y notada, se guarde para adelante de sus acostumbrados engaños” (Nº 334).

2. - Una gran **fe y confianza** en la gracia de Dios, “que no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas” (1 Cor 10,13).

3. - **Mortificación** de los sentidos, externos e internos, a fin de dejar al demonio sin “asidero”.

4. - La **oración**, al primer síntoma de tentación: “Velad y orad, para no caer en la tentación” (Mt 26,41).

5. - **Contraataque**, sin mostrarle miedo; sacando así ganancia y mérito: “El demonio ha gran miedo a ánimas determinadas, que tiene ya experiencia le hacen gran daño, y que cuando él ordena para dañarlas, viene en provecho suyo y de los otros, y que sale él con pérdida. Aunque nosotros no hemos de estar descuidados ni confiar en esto, porque lo habemos con gente traidora, ya los apercebidos no osa acometer, porque es muy cobarde, mas si viese descuido, haría gran daño. Y si conoce a uno por mudable y que no está firme en el bien que hace ni con gran determinación de perseverar, no le dejará a sol ni a sombra; miedos e inconvenientes le pondrá que nunca acabe. Yo lo sé y esto muy bien por experiencia... (Santa Teresa. Camino, 39).

Añádase a estos medios la **dirección espiritual y la confesión**.

Una última cuestión:

A pesar de las características típicas de los diversos espíritus, resulta difícil y muy difícil, **a veces**, discernir con toda seguridad un espíritu de otro.

¿Cómo distinguir, en estos casos, la acción del espíritu **divino** y la del **diabólico**?

Prácticamente, por los **frutos** (Mt 7,16), “por contrarios fines” (Nº 331).

¿Y cómo distinguir, en estos casos, la acción del espíritu **maligno** de la acción de nuestra propia **naturaleza caída**?

San Bernardo responde:

“No creo sea esto posible a hombre alguno, sino a aquel que, ilustrado por el Espíritu Santo, ha recibido, por gracia especial, aquel carisma que el Apóstol, al enumerar los dones de Dios, llama discreción de espíritus. Por mucho cuidado que uno ponga en guardar su corazón y en observar con exactísima aplicación todo lo que en él pasa, aun cuando esté ya ejercitado en esto largo tiempo y tenga en esto toda la experiencia imaginable, aun entonces no podrá hacer en sí un discernimiento justo y exacto entre lo malo, que nace de sí mismo, y lo que de otra parte le ha sido comunicado... **Tampoco importa mucho** saber de dónde viene lo malo que hay en nosotros, con tal que sepamos que lo es y vale más orar y velar a fin de no consentir en ello, venga de donde viniere” (Sermón sobre los Cantares, n. 32).

No obstante, se puede reconocer la presencia del demonio por algunos indicios, por ejemplo:

- el odio y horror a Dios y a todo lo que es **sagrado**.
- la **desproporción** en la reacción, sea por la intensidad, sea por la forma, o por la duración, lo cual no es “natural”.., luego debe ser “preternatural”.
- cuando la tentación es **sin causa** precedente, ni próxima ni remota.
- cuando la tentación desaparece **instantáneamente** al acudir a la oración, o a otros remedios espirituales, como la señal de la cruz, el agua bendita, las reliquias de los santos o los exorcismos (en caso contrario, la causa es natural).

Conclusión:

Todo entra en el Plan providencial y misterioso de Dios incluso la acción del demonio: “En todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman (Rom 8,28).

¿**Por qué permite** el Señor los ataques de Satanás?

Por diversos motivos entre otros:

para la manifestación de la gloria de Dios,
para castigo del pecado y corrección del pecador,
para probar y hacer progresar a las almas buenas y santas,
para nuestra enseñanza,
y para el esplendor de la Iglesia Católica.

¡ Todo es gracia!

Dios se sirve del demonio contra él.

“Y así -dice muy bien San Juan de Avila- sacamos de la ponzoña, miel; y de las heridas, salud; y de las tentaciones salimos probados, con otros millones de bienes. Los cuales, no debemos agradecer al demonio, cuya voluntad no es fabricarnos coronas sino cadenas; más démoslo de agradecer a Aquel sumo omnipotente Bien, Dios, el cual no dejará acaecer mal ninguno, sino para sacar bien por más alta manera; ni dejaría a nuestro enemigo y suyo atribular a nosotros, sino para gran confusión del enemigo que atribula, y bien del atribulado; según está escrito, que Dios hará burla de los burladores, y el que mira en el cielo se reirá de ellos. Porque aunque este dragón juega y burla en el mar de este mundo, tentando y amartillando a los siervos de Dios, hace Dios burla de él, porque saca bien de sus males; y, mientras él piensa más dañar a los buenos, más provecho les hace. De lo cual él queda tan corrido y burlado que, por su soberbia y envidia, no quisiera haber comenzado tal juego, que salió tan a provecho de los que él mal quería... Y la maldad y lazos que a otros armó, cayó sobre su cabeza; y queda muerto de envidia de ver que los que él tentó van libres y cantando con alegría. ¡El lazo ha sido quebrado, y nosotros quedamos libres; nuestra ayuda es el Señor, que hizo el cielo y la tierra!” (Sermón “Audi filia”).

Veremos, a continuación, las características del **espíritu humano**.

Espíritu humano

La antropología católica enseña que el hombre fue creado por Dios a su imagen y semejanza (Gén 1,27), elevado gratuitamente a un fin sobrenatural desde el primer instante de la creación (2 Pe 1 4), en un estado de santidad llamado también de inocencia o de justicia original (Ef 4,24).

“La vocación suprema del hombre, en realidad, es una sola, es decir, la divina” (Vaticano II).

El hombre “bíblico”, es decir, el hombre tal como Dios lo hizo, es un compuesto de **carne y espíritu**.

La “carne” es el hombre-natural, o sea, una unidad sustancial de cuerpo y alma.

El “espíritu” es el hombre sobrenatural, o sea, el hombre en cuanto orientado y unido a Dios por la gracia santificante.

San Pablo distingue muy bien estos tres elementos cuando escribe: “El Dios de la paz os santifique cumplidamente, y que se conserve entero vuestro **espíritu**, vuestra **alma** y vuestro **cuerpo** sin mancha, para la venida de Nuestro Señor Jesucristo” (1 Tes 5,23).

Nótese bien la diferencia entre alma y espíritu:

El **alma** dice relación inmediata y natural al cuerpo, del cual es principio de vida. Es una sustancia espiritual, con tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad.

El **espíritu** dice relación inmediata y sobrenatural a Dios, primer Principio y último fin. En la parte superior del alma, de la cual se apodera el Espíritu Santo para hacer partícipe al hombre de su misma Vida Divina, liberándolo, al mismo tiempo, de la dominación de la carne.

En el primer caso, el hombre es dirigido por el “yo”.

En el segundo caso, el hombre es dirigido por la gracia.

Sin el espíritu, la carne no tendría sentido, en la actual economía de la Salvación.

La palabra de Jesús es clara:

“El espíritu es el que da la vida. La carne no sirve para nada” (Jn 6,63).

Porque, como dice San Pablo, “la carne y la sangre no pueden poseer el Reino de Dios” (1Cor 15,50).

De lo cual se deduce que la **definición** clásica del hombre, como “animal-racional”, es verdadera, pero no es suficiente.

En la mente divina, el hombre-natural no existe.

La definición completa es: “**animal-racional-sobrenatural**”.

O dicho de otra manera: una persona compuesta de **cuerpo, alma y gracia**.

El cuerpo para el alma, y ambos, informados por la gracia, para Dios.

Es fundamental, para entender bien el tema del discernimiento, partir de este gran principio: la gracia santificante es un elemento esencial (junto con el alma y el cuerpo) en la definición metafísica del hombre, tal como ha sido concebido, querido y creado por Dios.

Dice muy bien Santo Tomás que “la gracia perfecciona al alma formalmente en **su**

ser espiritual (en su misma esencia), según la cual (el alma) se asimila a Dios; por eso se dice que (la gracia) es la vida del alma; y, en segundo lugar, la perfecciona para **obrar**, en cuanto que las virtudes emanan de la gracia”.

La gracia, en efecto, obra por medio de sus potencias sobrenaturales, que son las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, las cuales, a su vez, perfeccionan las potencias (naturales) del alma: memoria, entendimiento y voluntad.

“Esta gracia-dice Tomás de Kempis es una luz sobrenatural y un don especial de Dios, y propiamente la **marca** de los escogidos y la prenda de la salvación eterna, la cual levanta al hombre de lo terreno a amar lo celestial, y de carnal lo hace espiritual” (III, 54).

Antes del pecado original, la carne estaba totalmente sometida al espíritu. el cuerpo al alma, las potencias inferiores a las superiores, y la mente a Dios.

Reinaba una armonía perfectísima en el interior del hombre, fruto de la gracia y del don de integridad.

Después del pecado, el hombre perdió la gracia y el don de integridad, se rompió la armonía y surgió la división: el cuerpo se rebeló contra el alma, las potencias inferiores contra las superiores, la mente contra Dios.

A partir de entonces, el hombre nace en un estado tan humillante como dramático:

“Tengo en mí esta ley: que queriendo hacer el bien, es el mal el que se me apegas; porque me deleito en la Ley de Dios según el hombre interior, pero siento otra ley en mis miembros, que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado, que está en mis miembros. ¡Desdichado de mí!, ¿quién me librá de este cuerpo de muerte? (Rom 7,21).

Con el pecado original comienza la guerra entre el espíritu y la carne, que durará hasta la muerte.

“Os digo, pues; andad en espíritu, y no deis satisfacción a la concupiscencia de la carne. Porque la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu, y el espíritu tendencias contrarias a las de la carne. Las obras de la carne son manifiestas, a saber: fornicación, impureza, lascivia, idolatría, hechicería, odios, discordias, celos, iras, rencillas, disensiones, divisiones, envidias, homicidios, embriagueces, orgías y otras como éstas, de las cuales os prevengo, como antes lo dije, de que quienes tales cosas hacen no heredarán el Reino de Dios. Los frutos del espíritu son: caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza...” (Gál 5,16).

El hombre deberá **rehacer su primitiva unidad**, con un esfuerzo ascético continuo, ayudado siempre de la gracia divina, alcanzada por los méritos de Cristo.

Tendrá que despojarse del “hombre viejo” y revestirse del “nuevo” (Col 3,9), renacer del agua y del Espíritu (Jn 3,5).

Cristo, la “Imagen de Dios Invisible” (Col 1,5) será definitivamente el Modelo acabado del hombre, el cual será tanto más hombre, cuanto más haga resplandecer en sí la imagen de Dios, es decir, cuanto más se asemeje a Cristo. Llegamos aquí a la definición más sublime del hombre, dada por San Pablo: “El varón es imagen y gloria de Dios” (1 Cor 11,7).

La Unión Hipostática es la Causa Ejemplar de la unión del hombre con Dios.

Cristo fue, a la vez, el Hijo de Dios y el “Hijo del hombre”, el “Verbo hecho carne” y el “hombre del cielo”.

“En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo Nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre, y le descubre la sublimidad de su vocación” (“Gaudium et spes”, 22).

La gracia, prenda y anticipo de la gloria, conduce al hombre hasta el cielo, convirtiéndolo de terreno en celestial (1 Cor 15,47-49).

En aquel inefable estado de beatitud, la imagen de Dios resplandecerá al máximo en los bienaventurados, sus almas serán saciadas de la Esencia divina (Sal 16,15), y los cuerpos serán transformados, recuperando, con creces, los dones pretematurales, perdidos por el pecado.

Nótese bien.

La oposición se da, más que entre el cuerpo y el alma, entre la carne y el espíritu, o sea, entre el orden de la naturaleza (caída y reparada) y el orden de la gracia (que eleva y que sana).

Es típica en la teología paulina, la **antítesis: hombre-carnal y hombre-espiritual**.

“El hombre animal -dice el Apóstol- no percibe las cosas del espíritu de Dios; son para él locura, y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente. Al contrario, el espiritual juzga de todo, pero a él nadie puede juzgarle” (1 Cor 2,15).

¿Qué quiere decir “**hombre carnal**”?

Significa aquel que no obra “según el espíritu”.

Lo cual se ha de entender de dos maneras:

En primer lugar, el hombre en cuanto inclinado al mal y sujeto al pecado. Es decir, en cuanto movido por intenciones perversas y pasiones desordenadas:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que os parecéis a sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, mas por dentro llenos de huesos de muertos y de toda clase de inmundicia! ¡Así también vosotros, por fuera parecéis justos a los hombres, mas por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad” (Mt 23,27).

En este sentido habla San Pablo de “inteligencia camal” (Col 2,18), “sabiduría camal” (2 Cor 1,12), y “prudencia camal” (Rom 8,6).

Obran también carnalmente, no sólo aquellos que están apartados de Dios por el pecado mortal, sino incluso (aunque, claro esta, en menor proporción) aquellos que, estando en gracia, no obran rectamente buscando la gloria de Dios, sino con afectos desordenados o cometiendo pecado venial.

Escuchemos, una vez más, al Apóstol:

“Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a camales, como a niños en Cristo. Os dí a beber leche, no os dí comida, porque aún no la admitíais, y ni aún ahora la admitís, porque sois todavía carnales. Si, pues, hay entre vosotros envidia y discordias, ¿no prueba esto que sois camales y vivís a lo humano?” (1 Cor 3,1).

Cuando Santiago y Juan, indignados, quisieron hacer bajar fuego del cielo para castigar a los samaritanos, por no querer recibir a Jesús, el Señor los reprendió diciendo: ¡No sabéis de qué espíritu sois!” (Lc 9,66).

Tampoco fue del todo sobrenatural y agradable a Dios la actitud de Pedro, cuando, en Getsemaní, para defender a Jesús, cortó la oreja a Malco (Jn 18,10), o cuando, al primer anuncio de la Pasión, trató de disuadir a Jesús, el cual reprendiéndole de nuevo severamente a Pedro, diciéndole: “Retírate de mí, Satanás, tú me sirves de escándalo, porque no sientes las cosas de Dios sino las de los hombres!” (Mt 16,23).

Y así podríamos multiplicar los ejemplos, en los que los apóstoles, a pesar de su buena voluntad y amor al Maestro, obraban “carnalmente”, pues no habían recibido aún la plenitud del Espíritu Santo.

En segundo lugar, se llama también “hombre carnal” a aquel que obra bien, pero movido únicamente por criterios humanos o por gusto natural, no sólo si está en pecado (lo cual es evidente), sino también en gracia (aunque es menos carnal).

Lo que especifica moralmente a un acto humano es la intención con que se realiza. Si la intención es puramente natural, la acción será, en sí misma, puramente natural.

La influencia de la gracia sobre una acción puramente natural es muy débil, puesto que influye tan sólo habitualmente, pero no actual ni virtualmente.

En este caso, no se obra con perversa intención ni con pasión desordenada, pero tampoco a impulsos del Espíritu Santo, sino únicamente por la razón y la voluntad, buscando no la gloria de Dios, sino la mera honestidad o bondad natural de la acción: será una acción buena “humanamente”, pero sin sentido cristiano. Tendrá mérito natural (como todas las virtudes naturales), pero no sobrenatural. Y, aunque se haga en estado de gracia, el mérito sobrenatural es indirecto y muy pequeño, y el acto no puede ser del todo agradable a Dios, por falta de recta intención.

Para que una obra sea muy meritoria y agradable a Dios, hay que realizarla, no sólo en estado de gracia (o con caridad habitual), sino también bajo el influjo de la caridad actual o (al menos) virtual. Hay que hacerlo todo por amor a Dios, y cuanto más, mejor.

Obra carnalmente el que hace una obra buena, pero por gusto natural.

Decimos “por”, no “con” gusto natural.

El gusto natural es bueno, tanto como inevitable, por ser conforme a la naturaleza humana. Pero para obrar “según el espíritu” y no “según la carne”, hay que estar en gracia y, además, purificar la intención.

No basta tener razón:

Hace falta, además, ser movidos por el Espíritu Santo.

El hermano mayor del hijo pródigo, tenía razón, pero su actitud no fue sobrenatural (Lc 15,28), o, al menos, perfecta.

No es suficiente, como dicen muchos, no hacer mal a nadie, cumplir con sus obligaciones, seguir su conciencia, y darse a los demás...

Todo eso está muy bien, pero si no se realiza en estado de gracia, y, además, con la intención, actual o, al menos, virtual, de agradar a Dios, es obrar carnalmente. Son carnales los actos humanos, fundados exclusivamente en una Filosofía o Ética Natural.

De ahí la necesidad de purificar frecuentemente la intención, no ocurra, como advierte San Pablo, que “comenzando en espíritu, acabemos en carne” (Gal 3,3).

Oigamos a San Francisco de Sales:

“Hacer bien pequeñas acciones, es hacerlas con mucha pureza de intención y fuerte voluntad de agradar a Dios; y entonces nos santifican en gran manera. Hay personas que comen mucho y siempre están endebles, delgadas y lánguidas, porque no les rige el sistema digestivo; otras hay que, comiendo poco, suelen estar robustas y vigorosas, porque tiene buen estómago. Así, existen almas que hacen muchas buenas obras y crecen poco en caridad, porque las hacen fría y remisa-mente, o por instinto y tendencia natural más que por inspiración divina o con fervor celestial; y, al contrario, las hay que laboran poco pero con voluntad e intención tan santas, que avanzan en altísima caridad”.

San Ignacio, maestro en la materia, enseña al ejercitante a controlar constantemente los movimientos internos del alma, rechazando los que provienen del mal espíritu, y secundando los que provienen del bueno.

En las Reglas de elección, comienza por sentar un **importante principio**:

“En toda buena elección, en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy creado, es a saber, para alabanza de Dios N. S. y salvación de mi alma; y así, cualquier cosa que yo eligiere debe ser a que me ayude para el fin para que soy creado, no ordenando ni trayendo el fin al medio, mas el medio al fin (...) así, ninguna cosa me debe mover a tomar los tales medios o a privarme de ellos, sino sólo el servicio y alabanza de Dios N. S. y salud eterna de mi alma” (Nº 169). “Porque -dice más adelante- toda vocación divina es siempre pura y limpia, sin mezcla de carne ni de otra afección alguna desordenada” (Nº 172).

Y sacaba conclusión: “mirar dónde más la razón (se sobreentiende, iluminada por la fe) se inclina, y así, según la mayor moción racional, y no moción alguna sensual, se debe hacer deliberación sobre la cosa propuesta” (Nº 182)... “para seguir aquello que sintiere ser más en gloria y alabanza de Dios N. S. y salvación de mi alma” (Nº 179).

San Juan de la Cruz enseña con insistencia cómo el hombre, para llegar a la íntima unión de amor con Dios, debe hacer fundamentalmente dos cosas: mortificar todos sus apetitos, para que obedezcan y ayuden a las potencias del alma; y al mismo tiempo, perfeccionar dichas potencias por medio de las virtudes teologales: el entendimiento por la fe, la memoria por la esperanza y la voluntad por la caridad.

Téngase en cuenta que el espíritu actúa sobre todo el hombre, cuerpo y alma, según está escrito: “derramaré mi Espíritu sobre toda carne” (Act 2,17).

“Espiritual” no se opone a “humano”, sino a “camal”.

Los santos fueron los más humanos por ser los más espirituales. Tampoco se trata de menospreciar al cuerpo, sino, al contrario, de respetarlo y dignificarlo, mirándolo sobrenaturalmente como “templo del Espíritu Santo” (1 Cor 6,19).

“No somos ángeles, sino que tenemos cuerpo; queremos hacer ángeles estando en la tierra, es desatino”, afirma Santa Teresa.

Con la gracia, la carne se espiritualiza.

En consecuencia, se trata de discernir muy bien los movimientos internos, para obrar movidos no por la sola pasión, ni por la sola razón, sino por la gracia, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo.

“Los que son movidos por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios” (Rom 8,14).

“Ya comáis, ya bebáis, o ya hagáis alguna cosa, hacedlo todo para gloria de Dios (1 Cor 10,31).

“El justo vive de la fe” (Rom 1,17).

Este es precisamente el “hombre espiritual”.

El espiritual es el “hombre del Espíritu”, que vive de acuerdo con sus siete dones (Is 11,2) y que tiene “lamente de Cristo” (1 Cor 2,16), pudiendo exclamar como San Pablo: “no soy yo el que vive, es Cristo el que vive en mí” (Gal 2,20).

El Espíritu lo invade, lo posee, lo ilumina, lo mueve, lo guía... en una palabra, lo hace ser un mismo espíritu con El (1 Cor 6,17).

El Espíritu es el “soplo de Yavé”, cuya acción misteriosa penetra todo el Universo y toda la Iglesia, y conduce todas las cosas, fuerte y suavemente, a su último fin.

El Espíritu crea en el hombre “reflejos” e “instintos” sobrenaturales para obrar “al modo divino” y hacer en todo momento lo más perfecto, “lo que más” glorifica a Dios.

La Santísima Virgen es, después de su Divino Hijo, el Modelo perfecto de las personas espirituales. Ella, dice San Juan de la Cruz, “estando desde el principio levantada a este tan alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo”. Por eso la Iglesia la llama “Vaso espiritual”. La Virgen fue prudentísima al preguntar al ángel de la anunciación: “¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?” (Lc 1,34).

Para ser “espirituales” es necesario, pues, controlar bien nuestro interior, “lo que sale del hombre”, como dice Cristo N. 5. (Mc 7,20).

Concretamente: las palabras, los pensamientos y los deseos, todo lo cual conduce a la acción.

Una de las causas de confusionismo actual es, sin duda la corrupción del lenguaje.

La palabra es el signo sensible o encarnación de una idea, por medio de la cual nos expresamos y comunicamos con los demás.

Pero cuando el signo se deteriora, entonces ya no significa nada, o puede significar cualquier cosa, engendrando la confusión en las inteligencias. Existen palabras que, por falta de precisión, pueden inducir a interpretaciones erróneas. Más aún, se emplean a veces, tendenciosamente, con el fin de provocar lo que justamente se ha llamado un “trasbordo ideológico inadvertido”.

Son palabras, de suyo, aceptables, que se pueden entender bien, pero que también se pueden entender mal, y, de hecho, sea por su contexto psicológico, sea por la carga afectiva con que se pronuncian, muchos interpretan mal, siendo así víctimas de un hábil proceso de mentalización.

Tal ocurre, por ejemplo, con palabras como “liberación”, “pluralismo”, “integración”, “espontaneidad”, “dinámica”, “creatividad”, “amor”, “libertad”, “democracia”, “cambio”... y tantas y tantas otras, que cada cual entiende a su manera, “viniendo -como dice San Pablo- a dar en vanas palabrerías, alardeando de doctores de la Ley, sin entender lo que dicen, ni lo que rotundamente *afirman*” (1 Tim 1,6).

La corrupción del lenguaje origina la corrupción de las ideas. No se distingue la verdad del error, ni la virtud del vicio, ni el bien del mal.

El Apóstol se levanta con energía contra un falso evangelio que muy pronto apareció entre los primeros cristianos: “Me maravillo -dice--de que tan pronto, abandonando al que os llamó en la gracia de Cristo, os hayáis pasado a otro evangelio. No es que haya otro, lo que ocurre es que algunos os turban y pretenden pervertir el Evangelio de Cristo” (Gál 1,6).

Ese falso evangelio se llama hoy progresismo o neo-modernismo.

Cristo nos pone en guardia frente a los falsos Mesías y falsos profetas (Mt 24,24), “que obrarán grandes señales y prodigios, para inducir a error, si posible fuera, aún a los mismos elegidos”, y añade: “Mirad que nadie os induzca a error; muchos vendrán en mi nombre, diciendo ‘yo soy’, y extraviarán a muchos” (Mc 13,5).

Lo mismo, frente a los falsos pastores (Jn 10,5), a quienes no deben seguir las ovejas, “antes huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños”.

En cuanto a los falsos doctores, Jesús nos advierte que nos guardemos de la doctrina de los fariseos y saduceos (Mt 16,12).

San Pedro anuncia la venida de “falsos doctores, que introducirán sectas perniciosas, llegando hasta negar al Señor, que los rescató, y atraerán a sí una pronta perdición. Muchos los seguirán en sus liviandades, y por causa de ellos será blasfemado el camino de la verdad” (2 Pe 2,1).

Otro tanto habría que decir de los falsos místicos, que siempre han surgido dentro de la Iglesia, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.

Hay que discernir, por consiguiente, entre un misticismo naturalista, sensualista o panteísta, y la verdadera mística cristiana.

¡Cuántos locos que han sido tenidos por santos, y cuántos santos que han sido tenidos por locos!

¡Qué fáciles, en personas desequilibradas, sentimentales u orgullosas, confundir la realidad con su fantasía, la voz de Dios con sus propios pensamientos!

¡Y qué fácil también, llamar desequilibradas, sentimentales u orgullosas, a esas almas selectas y privilegiadas que, al igual que la esposa de los Cantares (2,5), sienten a Dios de tal manera, que viven muriendo de amor!

Dígase lo mismo de los falsos reformadores, que intentan reformar a la Iglesia y a los demás, sin ser llamados por Dios y sin antes reformarse a sí mismos.

Oigamos al Santo Maestro Juan de Ávila:

“No han faltado en nuestros tiempos personas que han tenido por cierto que ellos habían de reformar la Iglesia cristiana, y traerla a la perfección que en su principio tuvo, o a otra mayor. Y el haberse muerto sin hacerlo ha sido suficiente prueba de su engañado corazón, y que les fuera mejor haber entendido en su propia reformación, que con la gracia de Dios les fuera ligera, que, olvidando sus propias conciencias, poner los ojos de su vanidad en cosa que Dios no la quería hacer por medio de ellos”.

Los verdaderos reformadores también criticaron los defectos y miserias de la Iglesia; ¡pero con un espíritu y unos medios completamente diferentes!

Hay que examinar, pues, los pensamientos, “porque -como dice el Señor por el profeta- mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos” (Is 55,8).

En fin, hay que discernir los deseos, las repugnancias, los sentimientos y los propósitos de nuestro corazón, “porque no todo deseo procede del Espíritu Santo, aunque parezca justo y bueno al hombre. Dificultoso es juzgar con verdad si te incita buen espíritu o malo a desear esto o aquello, o si te mueve tu propio espíritu” (Kempis 111,15).

No hay que confundir -cosa frecuente- los vicios y pasiones con las virtudes, ni las virtudes naturales con las sobrenaturales, ni las inclinaciones del temperamento con la acción de la gracia.

A veces se llama caridad a lo que no es más que filantropía; humildad a la timidez; celo a la ira; prudencia a la cobardía; apatía a la mansedumbre; falta de personalidad a la obediencia; tristeza a la seriedad; a la disipación, alegría... y viceversa.

¡Cuántas veces el hombre se deja llevar por la simpatía o antipatía, faltando así a la caridad y a la justicia!

“Más difícil es, pues, de distinguir el espíritu humano, que tantas veces se mezcla con el divino, y otras de suyo produce ciertos frutos de bondad natural, que a primera vista pueden confundirse con los sobrenaturales del Espíritu Santo. Pero luego se ve lo poco que **duran y aprovechan**, por más que aparenten ser muy preciosos; y, aunque a veces están más o menos sobrenaturalizados bajo la influencia del buen espíritu, no van bien unidos y asociados con los demás” (Arintero, ‘Cuestiones místicas’).

La guarda del corazón es la clave de la vida interior.

Consiste en “la solicitud habitual o frecuente en preservar todas mis acciones, a medida que se presentan, de cuanto pudiera viciar sus móviles o su realización (...). La guarda del corazón no impide la realización de las acciones, si-no que las reglamenta con el espíritu de Dios y las ajusta a los deberes que mi estado me impone” (Dom Chautard, “El alma de todo apostolado”).

¡Se puede decir que el corazón es todo el hombre!

“No ve Dios como el hombre; pues el hombre mira las apariencias, pero Yavé mira el corazón’ (1 Sam 16,7).

De ahí la necesidad del examen diario de conciencia.

Dice el Santo Evangelio que “Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie diese testimonio del hombre, pues El conocía lo que había dentro del hombre” (Jn 2,24-25).

En esta era post conciliar, era de confusión, de tensiones y de “agitación de diversos espíritus”, se hace más apremiante que nunca un atento y sereno discernimiento, a fin de “no resistir al Espíritu Santo” (Act 7,51) sino de estar atentos para ver lo que el ángel de Dios dice hoy a las iglesias (Ap 1,20).

Discernimiento para no perder nunca el verdadero equilibrio, que exige y supone **toda la verdad y la práctica de todas las virtudes**.

Discernimiento para no confundir renovación con innovación, adaptación con mundanización, integración con relajación.

Discernimiento para no oponerse a todo cambio coherente y legítimo, a un prudente y audaz diálogo con el mundo moderno (¡qué hay que salvar!), apoyándose en un concepto inexacto de Tradición. “Examinadlo todo y quedaos con lo bueno” (1 Tes 5,21).

¿Y qué Regla hay para mantenerse siempre en ese verdadero equilibrio?

No hay más que una: obedecer al Espíritu Santo. “El -dice Cristo- os enseñará todas las cosas y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho” (Jn 14,26).

Lo cual no es tan fácil ¡porque podemos engañarnos!

Por eso nos exhorta el Apóstol San Juan con este sabio consejo: “Carísimos, no creáis a cualquier espíritu, sino examinad los espíritus para ver si son de Dios” (1 Jn 4,1).